

truir los gérmenes de humanidad que la Grecia había depositado en su seno. Para traer estas rudas poblaciones á la civilización, era preciso el brazo poderoso de un conquistador. Alejandro había llevado su pensamiento al mundo europeo cubierto aún de tinieblas; pero faltaba al genio guerrero del héroe macedonio un pueblo capaz de asociarse á sus vastos designios. No tenía la Grecia la unidad de miras y de fuerzas necesaria para vencer y gobernar el mundo. Aniquilada por sus luchas intestinas, debía hacer lugar á un pueblo ménos brillante por los dones de la inteligencia, pero cuyas cualidades todas estaban en armonía con su destino. Roma cumplió lo que Alejandro había soñado. Cuando estuvo acabada la obra de la conquista, reapareció el genio de la Grecia para continuar su misión; los Griegos vencieron á sus vencedores y conquistaron bajo el nombre de Roma el mundo entero para la civilización.

LIBRO PRIMERO.

LA EDAD HEROICA (1).

§ I.—La edad heroica es la del derecho del más fuerte.

Los siglos heroicos tienen un encanto particular para los pueblos civilizados. En ellos aparece el hombre en toda la energía de su primitiva naturaleza: mezcla de grandeza y de ferocidad, de generosidad y de barbarie, su existencia aventurera, embellecida por los poetas, es casi envidiada por el hombre de los tiempos modernos, cuya pacífica vida se desliza en una fatigosa regularidad. Pero los sentimientos que inspira el pasado son siempre el efecto de una ilusión. La humanidad ha tenido por largo tiempo una falsa idea del heroísmo antiguo; trasportaba á estas fabulosas edades una parte de los ensueños de perfección que se complacía en atribuir á la cuna de las sociedades. Hoy no se cree ya en los cuadros poéticos de los tiempos primitivos; no por eso es ménos interesante la comparación de esta historia imaginaria con la realidad, porque pone en claro la marcha progresiva del género humano.

El siglo XVIII, poco heroico por su naturaleza, empezaba ya á ver en las costumbres descritas por Homero más barbarie que poesía, cuando un sabio académico tomó la defensa de los antiguos tiempos y de las antiguas ideas (2). «Es menester guardarse, dice

(1) WACHSMUTH, *Jus gentium quale obtinuerit apud Græcos ante bellorum cum Persis gestorum initium*, p. 6-46.

(2) ROCHEFORT, *Memoria sobre las costumbres de los tiempos heroicos*, en el tomo XXXVI de las *Memorias de la Academia de las Incripciones*.

Rochefort, de confundir la edad heroica con los tiempos bárbaros; los sentimientos de humanidad habían establecido entre los hombres las leyes sagradas del derecho natural; la guerra, lejos de ser un bandolerismo, tenía sus reglas y sus límites; en las relaciones de los héroes reinaban la generosidad y la delicadeza que distinguieron más tarde á la caballería cristiana; su afecto se extendía á toda la Grecia.» Lo contrario á este cuadro caprichoso sería próximamente la verdad. Un escritor de genio señaló el verdadero carácter del heroísmo antiguo ya en siglo XVII (1). La obra de *Vico* no tuvo eco alguno en Francia, pero la corriente de las ideas nuevas influyó en la apreciación de los tiempos heroicos. El buen sentido de *Goguet* se negó á ver una edad cabaleresca en una época manchada por los crímenes más atroces (2). *Voltaire* hizo la sátira de estos tiempos «en que se degollaban por un pozo ó por una cisterna como hoy por una provincia» (3). La ilusión había desaparecido. Gracias á la inteligencia histórica que distingue á nuestro siglo, la ciencia ha asignado á los héroes de Homero su verdadero lugar en el desenvolvimiento de la humanidad; la edad heroica no es considerada ya como un ideal, sino como una época de transición entre la barbarie y el estado civilizado (4).

Homero, queriendo dar una idea del poder de Júpiter, se sirve de aquella imágen célebre de la cadena de oro que ha puesto á prueba la sagacidad de todos los intérpretes. Después de haber prohibido á los dioses el oponerse á sus designios, el dueño del Olimpo amenaza al que lleve socorros á los Griegos ó á los Troyanos con arrojarle al sombrío Tártaro. «Entonces reconocerá cuanto supero en fuerza á todos los inmortales. ¿Queréis experimentarlo vosotros mismos, dioses y diosas? Pues bien, suspended una cadena de oro de lo alto del cielo y cogeos todos á ella; no podréis hacer descender á la tierra á Júpiter, vuestro Señor, por más esfuerzos que hagais. Pero á mi vez, cuando yo quiera os elevaré fácilmente con la tierra y con el mar mismo; y si fijo esa cadena á la extremidad del Olimpo, todo el universo quedará suspendido ante mí, tan su-

(1) VICO, *La Ciencia nueva*, libro II, c. 6, § 8; libro III, c. I.

(2) GOGUET, *Del origen de las leyes*, t. IV, p. 392 y sig.

(3) VOLTAIRE, *Diccionario filosófico*, en la palabra *Alcorán*.

(4) GROTE, *History of Greece*, t. II, p. 79-159, edic. de 1849.

perior soy en fuerza á los dioses y á los hombres» (1). Esta ficción del poeta es un símbolo admirable de la Omnipotencia divina, que en las ideas de la edad heroica se funda toda en la fuerza física (2). La sociedad de los dioses es el reflejo de la sociedad de los hombres. Los héroes de Homero no conocían más que una virtud, el vigor y la agilidad del cuerpo. «No hay gloria mayor para el hombre, dice su autor, que ser hábil y diestro de piés y manos» (3). Las cualidades morales no tienen ni aún nombre en el lenguaje de aquellos tiempos, como no le tienen tampoco entre los salvajes de América (4); la virtud por excelencia es la virtud guerrera, y en las luchas de los héroes quien domina es la fuerza corporal.

La fuerza no solamente da la victoria en el campo de batalla, sino que es también el único derecho que reconocen los hombres, ¡desgraciados todos los seres débiles! son aplastados por los más fuertes. Oigamos las lamentaciones de Andrómaca: «El día que le deja huérfano, deja un niño sin protector; pobre, se llega á los antiguos amigos de su padre, deteniendo al uno por su manto, al otro por su túnica. El hombre que tenga todavía sus padres le alejará de su mesa, pegándole con sus manos y dirigiéndole estas amargas invectivas: Retírate, puesto que tu padre no participa de nuestros festines. Así lloroso, volverá el niño al lado de su madre, viuda desamparada» (5). La suerte de la viuda era tan deplorable como la del huérfano: «Si por tu muerte me abandonas, dice Tecmesís á Ajax, piensa que en ese mismo día, víctima de la violencia de los Griegos, seré reducida á esclavitud con tu hijo. Y bien pronto alguno de esos nuevos dueños me insultará con amargas palabras: ved, dirá, la esposa de Ajax, el más valiente de los Griegos, ¡por qué servidumbre ha cambiado una suerte digna de envidia!» (6). Los héroes mismos experimentaban los funestos efectos de la violencia que practicaban: cuando cargados de años

(1) ILIAD., VIII, 16-27 (traducción de BARESTÉ y de DUGAS-MONTBEL).

(2) IBID., XV, 18 y sig.

(3) ODYS., VII, 148.

(4) LA CONDAMINE, *Relacion del rio de las Amazonas*, p. 54-55.

(5) ILIAD., XXII, 482-499, traducción de MONTBEL y de BARESTÉ.

(6) SOPHOCL., *Ajax*, v, 510 y sig.

no podían ya manejar sus terribles armas, los más jóvenes y más fuertes los arrojaban de sus dominios (1).

¿Cuáles debían ser las relaciones de aquellos hombres que no respetaban ni la niñez, ni la vejez, ni la debilidad del sexo? La fuerza bruta dominaba por todas partes. El rapto de las mujeres era una cosa habitual: los numerosos pretendientes de Elena se obligaron por un pacto solemne, confirmado por terribles imprecaciones «á socorrer á aquel de entre ellos que se casase con la hija de Tindáreo, si algun raptor viniese á robarla, á hacerle la guerra y á arruinar su ciudad» (2). Eran diarios los actos de violencia: los vecinos se robaban sus rebaños, única riqueza de aquella edad. Este es el asunto habitual de las empresas que los héroes de Homero se complacen en referir (3). El bandolerismo no estaba rechazado por la conciencia pública; el hurto no tenía nada de deshonroso; el ladrón no se avergonzaba más que cuando era cogido en el acto (4). Homero ensalza al abuelo de Ulises, porque sobrepujaba á todos los hombres en el hurto y en la habilidad de negarlo (5). Platon censura vivamente al poeta porque parece hacer consistir la justicia en el arte de ocultar y de engañar con habilidad: no debía dirigirse la censura á Homero, sino á los tiempos bárbaros que describe. Bajo el punto de vista de Platon y de la moral moderna, el héroe de la *Odisea* no es más que un pirata y sus viajes un prolongado bandolerismo. Al dejar á Ilion, los vientos le llevan hácia el país de los Ciconios: «Asoló su ciudad, hizo perecer á

(1) ODYS., IX, 494 y sig.

(2) EURIP., *Ifigen.*, v. 57 y sig.—ISOCRAT., *Helen. laud.*, núm. 40.

(3) ILIAD., XI, 670-683; I, 154.—ODYS., XI, 401 y sig.; XXIV, III, C. FEITH, *Antiq. Homer.*, IV, 7, 2.

(4) SUIDAS, v. Κλέπτης: Τό παλαιόν ού διεβέβλητο ή κλοπή, ει μή φορβηθείς ό κλέπτων ύπήρχεν. C. FEITH, II, 9.

(5) ODYS., XIX, 395. Este verso ha contrariado mucho á los admiradores de la edad heroica. Madame DACIER, para salvar el honor de sus héroes, traduce inexactamente: «Príncipe que excedía á todos los de su tiempo en prudencia y habilidad para ocultar sus planes y para sorprender al enemigo, y en buena fe para cumplir religiosamente su palabra y no violar jamas sus juramentos. Sin embargo, PLATON hubiera debido enseñar á la sábia traductora el verdadero sentido del elogio que Homero hace de Autolico. El filósofo hace la sátira de la moral del poeta; dice que, segun Homero, el hombre justo es un bribón, y la justicia el arte de ocultar en bien de sus amigos y en perjuicio de sus enemigos (PLAT., *Rep.*, I, 334, A. B.).

sus habitantes, robó las mujeres jóvenes y cuantiosas riquezas, y despues exhortó á sus compañeros á huir cuanto ántes.» Tal es el principio de la narracion que Ulises hace á Alcinoo de sus correrías aventureras; por empresas de esta naturaleza «se dió á conocer entre todos los hombres y su gloria subió hasta el cielo» (1).

Estos actos de violencia provocaban sangrientas represalias. Una muerte se vengaba con otra: «Que la lengua enemiga sea castigada por la lengua enemiga; mal por mal: tal es, dice *Esquilo* la sentencia de los antiguos tiempos» (2). La justicia de los pueblos bárbaros es la venganza; así se atribuía su origen á Radamanto, uno de los jueces de los infiernos, como si se tratase del establecimiento del derecho (3). El vengarse era más que un derecho, era un deber (4). La voz de las víctimas sube del seno de los infiernos; sale de sus tumbas para pedir la sangre de sus matadores; ¡desgraciados los hijos que no escuchan estos gritos de dolor! (5). Los vivos no esperaban que los muertos hiciesen estallar su cólera; la venganza era una felicidad para aquellos hombres de pasiones ardientes: «Su placer más dulce era gozarse en el infortunio de sus enemigos» (6).

Perseguidos de padres á hijos, las venganzas llenan á las familias de sangre y de muertes (7). ¡Qué raza la de los Atridas que tuvieron el privilegio de suministrar asuntos trágicos á los poetas antiguos y modernos! Los crímenes que manchaban á los héroes se reproducían en la sociedad bajo mil formas. Ladrones, bandoleros famosos practicaban el derecho del más fuerte en su esfera; gozaban en la impudencia y el ultraje, no teniendo su actividad más objeto que el saciar su crueldad y oprimir y destruir á cuantos caían en sus manos (8).

(1) ODYS., IX, 39 y sig.; C. 19 y sig.; XIV, 263 y sig.

(2) ESCHYL., *Choeph.*, v. 306-314.

(3) Τό 'Ραδάμανθος, δίκαιόν. ARIST., *Eth. Nicom.*, v, 5.

(4) «La tierra bebe la sangre del muerto; esta sangre se seca, pero la mancha permanece indeleble y clama venganza» (ESCHYL., *Choeph.*, 64 y sig.).

(5) ESCHYL., *Choeph.*, v, 360.—SOPHOCL., *Elect.*, 475 y sig.; 1415 y sig.; 360, 388, 392.

(6) EURIP., *Herc.*, 939.

(7) SENECA., *Agam.*, v. 77 y sig.; *Thyest.*, 24 y sig.

(8) PLUTARCH., *Thes.*, 6.

§ II.—Lucha contra la violencia.

La sociedad, entregada al derecho del más fuerte, perecería; el instinto de la conservación hizo surgir del seno de la barbarie la idea del derecho y del orden. Los dioses comienzan esta lucha; nada más célebre en la antigua mitología que sus combates contra los indomables hijos de la tierra. Llenos de audacia y de orgullo, los Titanes se jactan de asegurar su poder solamente por la fuerza; pero son vencidos y arrojados al Tártaro (1). Los dioses encuentran enemigos más numerosos y más temibles en los gigantes. Se ha creído ver en la gigantomaquia un emblema de las revoluciones sufridas por la tierra (2); ¿no sería más bien un recuerdo de la intervencion del derecho en el reinado de la fuerza bruta? (3). En la tradicion sobre esta lucha célebre hay una circunstancia que parece indicar que no se trata solamente de la naturaleza física, sino que el hombre desempeña allí un papel principal. Un oráculo anuncia á los dioses que no podian vencer á los gigantes sino con la ayuda de un mortal; se asociaron á Hércules, y la raza de gigantes fué exterminada (4). Este mito encierra una profunda verdad; á los hombres toca el domeñar, por esfuerzos incesantes, la resistencia que encuentran en la naturaleza exterior y el vencer los obstáculos mayores que sus pasiones oponen á los progresos de la humanidad. El reinado de la violencia no podía ser trasformado en un estado legal más que por el poder de la voluntad humana.

El mal era considerable. Pareció á la posteridad que los hombres que intentaron la lucha gloriosa del derecho contra la fuerza estaban dotados de una naturaleza divina; reconocida á los beneficios que les debía, los elevó á la categoría de los dioses. La Grecia atribuyó á algunos nombres una gloria que debe ser patrimonio

- (1) ESCHYL., *Prometh.*, v, 199-208.—APOLLOD., *Bibl.*, I, I, 1, 2.
 (2) BOULANGER, *L'antiquité dévoilée*, lib. I, c. 6.
 (3) BOETTIGER, *Kunstmythologie*, t. II, p. 81-85.
 (4) APOLLOD., *Bibl.*, I, 6, 1, 2.

de generaciones enteras. Hércules es en algun modo el ideal de la humanidad, tal como podia concebirse en la edad heróica, con sus grandezas y sus debilidades. Es el héroe por excelencia, y su heroísmo es un amor activo del género humano (1). A él le estaba reservado por el destino el libertar á Prometeo, el bienhechor de los hombres (2). El mismo fué para la tierra un nuevo Prometeo. Combatió el mal bajo todas sus manifestaciones. La fuerza bruta se ejercía principalmente sobre los seres que no tenían apoyo ni en el derecho que era desconocido, ni en los sentimientos de humanidad que se desconocian igualmente. Uno de los célebres trabajos del héroe griego consistió en hacer devorar á Diomedes por los caballos que éste alimentaba con carne de extranjeros. Busiris, cuyo nombre ha llegado á ser proverbial, sacrificaba á los que arribaban á las costas inhospitalarias del Egipto; Hércules lo inmoló. Anteo hacía morir á todos los que vencía; Hércules lo ahogó en la lucha. Por todas partes caian los ladrones á sus golpes (3). Sin embargo, no llegó á destruir el imperio de la fuerza; la tradicion refiere que apenas abandonó la Grecia, el bandolerismo apareció por todas partes (4). La gloria de Hércules encendió en los héroes el deseo de imitarle. Teseo fué el más ilustre de sus rivales. Es verdad que el Rey de Atenas es una ficcion de los poetas, más bien que un personaje histórico; envidiosos de la gloria del Hércules dorio, quisieron los Atenienses oponerle un héroe cuyas acciones fuesen tan brillantes como las suyas. Pero importan poco los nombres de Teseo y de Hércules; lo que únicamente nos interesa son los hechos sociales revelados por los mitos. Aplaudamos, pues, las empresas de Teseo contra Sinnis, Scíron y Procusto, culpables todos de violencias contra los extranjeros (5). Teseo y Hércules imponian á los bandoleros los mismos suplicios que ellos preparaban para sus víctimas; si alguna vez pudiese ser justo el talion, lo hubiese sido contra aquellos hombres que habian inventado mil torturas para hacer sufrir á los inocentes.

- (1) De aquí el sobrenombre de ἀειφίναξο, el que aparta el mal.
 (2) CREUZER, *Symbolik*, t. I, p. 96 y sig., 3.^a edic.
 (3) DIODOR., IV, 8 y sig.—APOLLODOR., *Bibl.*, II, 5, 8 y sig.
 (4) PLUTARCH., *Thes.*, c. 6.
 (5) PLUTARCH., *Thes.*, 8, 10.—DIODOR., IV, 59.—APOLLOD., III, 16, 1, 2.

§ III.—Piratería.—Guerra.—Crueldad de las costumbres heroicas.

Fueron precisos trabajos hercúleos para establecer algún orden en medio de un mundo entregado á los excesos de la fuerza. En el interior de las ciudades, la justicia reemplazó á la violencia; pero los héroes no pensaron en extender su acción más allá de los límites de estas pequeñas asociaciones. En las relaciones de los pueblos el derecho del más fuerte seguía reinando; el bandolerismo, reprimido por las leyes en el seno de cada Estado, se refugió en los mares. Los poemas de Homero nos muestran los mares cubiertos de piratas (1). Pintor fiel de las costumbres heroicas, el poeta no presenta con caracteres denigrantes al bandolerismo marítimo. Telémaco y Mentor llegan á Pilos; el viejo Nestor les prodiga todos los cuidados de la hospitalidad; cuando sus huéspedes hubieron satisfecho su apetito con una abundante comida, se informa de su suerte. «Extranjeros, ¿quiénes sois? ¿de dónde venís á través de esas líquidas llanuras? ¿es por algún asunto, ó recorréis los mares al acaso como piratas que andan errantes sin cesar, exponiendo su vida y llevando la desolación á los pueblos extranjeros?» (2). Considerada como un ejercicio de la virtud heroica, la piratería conducía á la gloria. Las campiñas devastadas, los hombres degollados, las mujeres y los niños robados; tales eran las empresas de los héroes. Los desdichados habitantes de las costas no tenían otro medio de ponerse al abrigo de la violencia que alejarse del mar; así todas las antiguas ciudades estaban edificadas sobre alturas separadas de las costas (3).

¿Por qué la piratería, reprobada hoy como un crimen, era hon-

(1) ODYS., XV, 385, 426; XVII, 425.—*Hymn. in Apoll.*, v. 453 y sig.—C. WACHSMUTH, *Jus gentium*, p. 45, nota 4.

(2) *IBID.*, III, 71-74 (trad. de BARESTÉ y de MONTBEL). Apolo dirige la misma pregunta á los de Creta, á quienes llama á guardar su templo (*Hymn. in Apoll.*, v. 453 y sig.). Compárese ODYS., IX, 252 y sig.

(3) THUCYD., I, 5, 7.

rada en los tiempos heroicos? Es porque el hombre era considerado como un enemigo para el hombre, y contra el enemigo todo parecía lícito; la devastación, el rapto de las personas y de los bienes no eran un bandolerismo, sino el derecho natural del vencedor. En realidad, se confundía la piratería con la guerra; tenían tantas analogías, que es difícil distinguirlas. En una época más adelantada, la guerra tiene por objeto la conquista y el engrandecimiento de la dominación del vencedor. En los siglos heroicos apenas se ve una señal de conquista; las hostilidades se reducen á bandolerismo. Cuando toman un carácter más pronunciado tiéndese al exterminio de los vencidos. Después de la toma de Troya no pensaron los Griegos en apoderarse del reino de Príamo; la ciudad fué destruida, los habitantes muertos ó reducidos á esclavitud, el suelo maldito (1).

Comparada con las guerras de los siglos heróicos, la conquista, contra la cual tanto han declamado los filósofos, es un verdadero progreso; ella hace que interese al vencedor la conservación de los vencidos, trasforma los combates á muerte en luchas de ambición, que llegan á ser provechosas para la humanidad. La condición de los vencidos va mejorando á medida que la idea de conquista se perfecciona; el conquistador empieza por conservar su vida, acaba por respetar su libertad y por asociarlos á sus propios destinos. En los tiempos heróicos la suerte de los vencidos era bien deplorable. La servidumbre, única humanidad que conoció la antigüedad, no aprovechaba más que á las mujeres y á los niños; los hombres perecían. Á veces, arrastrado por la pasión, el vencedor sacrificaba á los prisioneros. Aquiles inmoló doce Troyanos sobre la pira de Patroclo (2). Estos espantosos sacrificios se reprodujeron todavía en los tiempos históricos (3); sin embargo, repugnaban á la humanidad de los Helenos; la acción de Aquiles es más bien un efecto de la pasión que la señal de una práctica habitual.

(1) STRAB., XIII, p. 414, ed. Casaub.—C. ILIAD., IX, 588 y sig.; I, 367; XXII, 64; VI, 58.

(2) ILIAD., XVIII, 318 y sig., 336 y sig.; XXIII, 175 y sig.

(3) BENJ. CONSTANT., *De la Religion*, XI, 2.—*Real Encyclopädie der Alterthumswissenschaft. v.º Sacrificium.*—MAURY, *Las Religiones de la Grecia*, t. I, p. 182-186; t. II, p. 101, s.

Pero en el furor de los combates rara vez concedía el vencedor la vida á las súplicas del vencido. Adrasto, caído en poder de Menelao, abraza sus rodillas é implora la vida prometiéndole un magnífico rescate; el corazón del héroe griego se conmovía ya, cuando Agamenon llegó, y en tono ameno azador dijo: «¡Hombre débil, oh Menelao! ¿por qué te tomas tantos cuidados por nuestros enemigos? ¡En verdad que recibes tú en tu casa grandes favores de los Troyanos! Que ninguno de ellos se libre de la muerte, ni aún el niño en el seno de su madre. Que perezcan todos en las llanuras de Ilion, sin sepultura, aniquilados para siempre.» El poeta añade que, por medio de sus justas reconvenções, Agamenon cambió los sentimientos de su hermano, que éste rechazó al Troyano suplicante, y que Agamenon clavó su lanza en el costado del desdichado Adrasto (1).

Estamos, pues, muy lejos del espíritu caballeresco que los admiradores de la edad heroica suponían á los guerreros de Homero. Lo que los caracteriza es la exaltación de la fuerza bruta; nada menos noble, menos generoso que sus sentimientos y sus acciones. La barbarie de los héroes griegos se mostraba, sobre todo, en los ultrajes que prodigaban á los vencidos, prueba evidente de que carecían por completo de grandeza de alma. Escuchad los transportes de alegría de Patroclo cuando ve caer de su carro á Cebrión, hijo de Priamo: «¡Grandes dioses! exclama: qué ágil es aquel guerrero y cuán fácilmente se sumerge. ¡Ah! si se hallase en un mar abundante en pescados, podría saciar á gran número de convidados lanzándose desde su navío en busca de ostras, aunque sea durante la tempestad. ¡Cómo ha saltado desde lo alto del carro al suelo! ¡Con que también hay buzos hábiles entre los Troyanos!» (2). La muerte misma del enemigo no satisfacía al cruel vencedor; mutilaba el cadáver, se adornaba con sus despojos, semejante al salvaje que goza en la sangre, más bien que al guerrero que busca la gloria (3). En todos tiempos han dado los hombres

(1) ILIAD., VI, 45 y sig.—Compárese el admirable episodio de Licaón y de Aquiles (ILIAD., XXI, 64 y sig.).

(2) IBID., XVI, 742 y sig. C. XIII, 365 y sig.; XXI, 122 y sig.

(3) Ajax, para vengar la muerte de Anfitrión, corta la cabeza de un jefe troyano y la arroja á través de los dos ejércitos, haciéndola dar vueltas como

una importancia religiosa á la sepultura de los muertos: ultrajar los cadáveres es, por decirlo así, insultar al Creador. Los héroes de Homero son pródigos en esta clase de injurias. Desde el principio de la Iliada el poeta, para dar á conocer á su héroe, dice que precipitó en los infiernos las almas atrevidas de una multitud de guerreros, y que de sus cuerpos hizo la presa de los perros y de los buitres. Cuánto tenían de crueles las costumbres heroicas parece concentrarse en la conducta de Aquiles. Desde la muerte de Patroclo no respira más que venganza y carnicería (1). Héctor presiente que le espera la muerte; y deseando poner su cuerpo á cubierto de los ultrajes, propone un convenio á su terrible rival. Aquiles le responde que «no puede haber entre ellos otra amistad que la que hay entre los leones y los hombres, entre los corderos y los lobos.» Héctor sucumbe; suplica á su vencedor que devuelva su cuerpo á su patria, «á fin de que los Troyanos y las Troyanas le eleven una pira y le tributen los honores debidos á la muertos.» Diríase que la respuesta de Aquiles sale de la boca de un salvaje: «¡Miserable, cesa ya de suplicarme.... ¡Ojalá tuviese yo la fuerza y el valor de devorar tus carnes sangrientas, para vengarme de todos los males que me has hecho! No, nadie alejará de tu cabeza los crueles perros, no; aunque tus padres me trajeran diez y veinte veces el precio de tu rescate y me prometiesen nuevos presentes; aunque el mismo Priamo quisiese rescatarte á peso de oro. No, tu madre no llorará á su hijo sobre un lecho fúnebre, sino que los perros y los buitres te devorarán por completo.» Héctor muere, Aquiles se encarniza en su cadáver; le arrastra por el polvo ante los muros de Troya (2). La muerte del valiente guerrero fué seguida de la ruina de su patria; el saqueo de Troya ofreció el espectáculo de todos los horrores con que habitualmente se manchan los vencedores ávidos de carnicería. No hubo gracia ni para la infancia ni para la vejez. «Astianax fué precipitado de lo alto de

una bala: la cabeza va rodando sobre el polvo hasta los pies de Héctor (ILIAD., XIII, 203 y sig.). Agamenon mata á Hippoloco, y con su espada le corta las manos y le separa la cabeza, á la que hace rodar como un mortero de piedra en medio de los combatientes (ILIAD., XI, 145-147. C. XVII, 34 y sig.).

(1) ILIAD., XIX, 213 y sig.

(2) ILIAD., XXII, 254 y sig.; 337 y sig.; 395 y sig.

aquellas murallas, desde las cuales su madre le habia mostrado á Héctor combatiendo por su hijo y por el reino de sus padres» (1). Príamo fué muerto al pié del altar por el hijo de Aquiles (2). Casandra, que habia asustado tantas veces á los Troyanos con sus siniestras profecías, abrazaba una estatua de Minerva; el audaz Ajax le arrancó de ella con tal violencia, que la estatua misma cedió á sus esfuerzos (3). El temor á los dioses era pequeño freno para domar las fogosas pasiones de aquellos hombres violentos. ¡Cómo admirarse de ello, cuando vemos á los dioses participar de las malas inclinaciones de los hombres!

§ IV.— La religion, primer principio de humanidad.

Desde lo alto del Olimpo los dioses dirigen sus miradas á la ciudad de Troya. Los Griegos y los Troyanos habian sometido la decision de sus cuestiones á la suerte de un combate entre París y Menelao. Menelao era vencedor; la lucha habia terminado. Júpiter pregunta cuál es la voluntad de los inmortales: «¿Volverán á encender una guerra terrible y funestas discordias, ó harán nacer la amistad entre los dos pueblos?» El padre de los dioses no pensó siquiera en salvar á Troya de una inevitable ruina; no queria más que irritar á Juno con sus punzantes palabras. Su irascible esposa deja estallar su odio contra los Troyanos. Júpiter se burla del encarnizamiento con que trata de derribar á la ciudad de Ilion: «Para aplacar su cólera, dice, le sería preciso devorar vivos á Príamo, á sus hijos, y á todos los Troyanos.» Sin embargo, aparenta ceder á sus exigencias; pero lo hace con sentimiento, «porque Troya ha sido siempre entre todas las ciudades cara á su corazón.» Júpiter pide que en compensacion no le detenga Juno en su venganza cuando desee destruir una ciudad en que haya mortales á quienes ella proteja. Juno no duda en abandonarle las ciu-

(1) OVID., *Metam.*, XIII, 415 y sig.

(2) VIRGIL., *Æneid.*, II, 506 y sig.

(3) CYCL., *Frag.*, ed. Didot, p. 584.

dades que le eran queridas entre todas. Pero habia un obstáculo para sus deseos, el tratado de los Griegos y de los Troyanos. El medio que sugiere para volver á suscitar las hostilidades es digno de dioses adorados por hombres astutos y violentos: «Ordena al instante á Minerva, dice, que vuelva al medio de los ejércitos, y que induzca á los Troyanos á romper la fe de los juramentos, atacando ellos los primeros á los Aqueos.» Júpiter aprueba este consejo; aún excita el ardor de Minerva. La diosa ejecuta sus órdenes, y el tratado es violado, bajo la inspiracion de los mismos dioses que habian sido invocados para castigar á los infractores (1).

La conducta de los dioses durante la guerra de Troya está siempre en armonía con estos sentimientos. No es la justicia sino la pasion quien los lleva á favorecer á los Griegos y á los Troyanos. Para Júpiter, la guerra es un espectáculo en el cual se goza, sin ocuparse de la suerte de los combatientes. Permite á los dioses descender á la tierra y favorecer, segun sus deseos, á uno de los ejércitos; en cuanto á él, permanece en la cúspide del Olimpo y se regocija al contemplar la batalla; su corazón se estremece de alegría cuando ve á todos los dioses entregados á la discordia (2). Los enemigos más implacables de Troya eran Minerva y Juno. ¿Cuál era la causa de este odio profundo? El que París adjudicó el premio de la belleza á Vénus; por una injuria personal es por lo que procuraban con tanto encarnizamiento la ruina de Príamo y de su pueblo (3). La venganza de los dioses como la de los hombres no se vió satisfecha hasta que fué destruida la ciudad de Troya. Virgilio los pinta tomando una parte activa en la obra de la destruccion (4).

Sin embargo, habia en los dioses de Homero, entregados en la apariencia á todas las pasiones humanas, un germen de sentimientos más nobles, que, al desarrollarse, introdujeron un poco de humanidad en las sangrientas querellas de los pueblos. La guerra tenia sus representantes en el Olimpo, Marte y Minerva. Mar-

(1) ILLIAD., IV, 1 y sig.

(2) IBID., XX, 22 y sig.; XXI, 335 y sig.

(3) IBID., VIII, 376 y sig.; XX, 312 y sig.; XXIV, 23 y sig.

(4) VIRG., *Æneid.*, II, 608 y sig.

te era el dios de la fuerza bruta, verdadero símbolo de una edad de violencia. Insaciable de combates, se alimenta de la sangre de los guerreros que caen en las batallas (1); el temor y la discordia son sus hermanos y compañeros, el terror su hijo querido; no reconoce y no respeta ninguna ley (2); es odioso lo mismo á los inmortales que á los hombres: «De todos los habitantes del Olimpo, le dice Júpiter, tú eres á quien yo más odio. Tú no gustas más que de la discordia, la guerra y los combates..... Si tú debieses el origen á otro dios, hace tiempo te habria precipitado á abismos más profundos aún que aquellos á que precipité á los Titanes» (3). Minerva es también la diosa de la guerra; pero representa su elemento intelectual; y así como la razón está destinada á vencer sobre la fuerza bruta, Minerva es superior á Marte. Cuando el terrible dios de la guerra quiere tomar parte en las luchas de los Griegos y los Troyanos para vengar la muerte de su hijo, Minerva le arranca las armas, tratándole de divinidad furiosa é insensata. En el célebre combate de los inmortales, Marte cae bajo los golpes de Minerva (4). En cuanto la inteligencia interviene en los combates, la humanidad se introduce igualmente en ellos. La razón se resiste á concebir la guerra como una pura obra de destrucción; sólo puede legitimarla á sus ojos un fin moral. No dominan todavía estas ideas en la concepción de Minerva, pero están en germen. Marte es el *destructor de las ciudades*, mientras que Minerva es su protectora (5). El carácter pacífico de la diosa se desarrolló con el progreso de las costumbres. En el canto veinticuatro de la Odisea, que según los intérpretes pertenece á una época más moderna que los poemas de Homero, Minerva se esfuerza en poner un término á la lucha de Ulises y de los pretendientes. Ulises quiere perseguir á sus enemigos; Minerva le amenaza con la cólera de Júpiter; bajo sus auspicios ambos partidos se ofrecen mutuas garantías de paz (6). Una tradición conserva-

(1) ILIAD., v, 863, 288.

(2) IBID., iv, 440; v, 761; xiii, 299.

(3) IBID., v, 888 y sig.

(4) IBID., xv, 121 y sig.; xxi, 391 y sig.

(5) IBID., v, 333; vi, 305.

(6) ODYS., xxiv, 539 y sig. Minerva acabó por ser una diosa pacífica (*εἰρηνοφώρα*); los artistas la representaron sin lanza (BREUZER, *Symbolik*, t. III, p. 414).

da por Apollodoro revela los mismos sentimientos. La diosa de la guerra habia destinado la inmortalidad á Tydeo, pero le juzgó indigno de ella cuando el héroe llevó su ferocidad hasta el punto de devorar el cerebro de su enemigo (1).

El progreso de las ideas se manifiesta en la concepción de los dioses. Cuando el carácter de las divinidades se depura y eleva, es una señal cierta de que las costumbres de los hombres se humanizan. Ya en la edad heróica se manifiestan gérmenes de humanidad. Dos héroes, ó más bien dos razas, se disputaban la gloria de haber despojado á las hostilidades de lo que tenían de más salvaje, entregando los muertos á los enemigos. La tradición más acreditada lo atribuye á Hércules (2). Aténas reivindicó este honor para Teseo; sus poetas celebraron á porfía el grande hecho de su héroe, que se avenía tan bien con las pretensiones de la ciudad de Minerva (3). El respeto de la naturaleza humana que inspiraron Hércules y Teseo tuvo dificultades para penetrar en las costumbres. Cuando la cruel pasión de la venganza no estaba muy excitada, los Griegos y los Troyanos consentían «en suspender el espantoso tumulto de la guerra, hasta que sus enemigos hubiesen quemado sus muertos» (4); pero, si sucumbía algún héroe famoso, el vencedor creía interesada su gloria en no abandonar el cuerpo á los vencidos. Sin embargo, la humanidad se abrió paso en medio de estas brutales pasiones. Hector desafia al más valiente de los Griegos; propone como ley del combate entregar el cuerpo del vencido á su patria, á fin de que se le tributen los honores de la sepultura (5); Ajax se presenta; los dos guerreros combaten hasta la noche; entonces los separan los heraldos, pero, antes de volver á la ciudad de Príamo, Hector dice á Ajax: «Hagámonos el uno al otro ricos presentes, á fin de que los Troyanos y los Aqueos puedan decirse: «Ajax y Hector combatieron, animados de una rabia mortal, pero se separaron unidos por la amistad» (6). Este último rasgo

(1) APOLLODOR., III, 6, 8.

(2) PLUTARCH., *Thes.*, 28.—ÆLIAN., V. H., XII, 27.(3) PLUTARCH., *ib.*—APOLLODOR., III, 7, 1.—STAT., *THEB.*, XII, 294 y sig.

(4) ILIAD., VII, 375-377, 408-410.

(5) IBID., VII, 76 y sig.

(6) IBID., VII, 299 y sig.